

nuestro. ⁽¹⁾ Obra maravillas por nosotros, pero no hace milagros para nosotros. Ha empezado por hacer de su parte lo que debía, y siempre lo hará; pero lo hará de modo que también hagamos nosotros lo que de nosotros depende. ⁽²⁾ Todo lo hace Él, pero sería demasiado poco para Él, si nosotros nos dejásemos utilizar por su mano únicamente como instrumentos muertos. ⁽³⁾ No encuentra perjuicio alguno para su honor en hacer de nosotros sus compañeros, sus cooperadores ⁽⁴⁾ y asociados en sus obras. ⁽⁵⁾ ¡Quiera Dios que también nosotros podamos hacer todos nuestros esfuerzos para mostrarnos dignos de la confianza que nos ha demostrado al poner su honor en nuestras manos!

5. El proceso de asimilación del Cristianismo. Historia y espíritu de la cristianización.—¡Sí, que podamos hacer todos nuestros esfuerzos! De esto depende todo. Si fuésemos siempre capaces de responder á esta exigencia, todas las censuras, que más arriba hemos notado, no tendrían razón de ser. Pero si el hombre hace vanos los designios de Dios, si impide su cumplimiento, si los realiza rara vez de un modo completo, entonces no hay razón para quejarse, si no se siente satisfecho, ya que, en este caso, la falta no recae sobre Dios ni sobre la Revelación, sino sobre la medianía humana, que se cansa con tanta facilidad del trabajo que esto cuesta para convertirse en cristiano completo y verdadero.

En verdad que no es este un juego de niños, ni un trabajo que pueda hacerse á modo de pasatiempo. Todo es

(1) Phil., II, 13.

(2) August., *In Deuter.*, q. 1. S. 156, 11. *Retract.*, 1, 23, 2, 3.

(3) Thomas, *Verit.*, q. 24, a. 1, ad 5. Bernard., *De gratia et lib. arbitr.*, 13, 44. Alvarez, *Auxil.*, d. 68, 7. Báñez, 2, 2, q. 24, a. 6, dub. 2, ad 7. Lemos, *Panoplia*, IV, II, tr. 4, c. 34, n. 598, p. 205; b. tr. 1, c. 4, n. 66, p. 11; III, I, tr. 1, c. 14, n. 139 y sig., p. 27 y sig.; c. 21, n. 195 y sig., p. 38; tr. 2, c. 6, n. 53 y sig., p. 103; c. 28, n. 364 y sig., p. 103 y sig. Gonet, *Clypeus, De act. hum.*, tr. 2, disp. 6, n. 127. Massoulié, *S. Thomas sui interpres*, I, d. 1, q. 4, a. 9, p. 110 y sig., q. 6, a. 1, p. 129. II, d. 3, q. 5, a. 5, p. 166 y sig.

(4) I Cor., III, 9. II Cor., VI, 1. III Joan., VIII.

(5) Leo Magnus, *De Quadrag.*, S. 1, c. 5.

más fácil de aprender que una vida cristiana perfecta. Si uno se dedica á estudiar una lengua, ó á perfeccionar una especialidad artística cualquiera, y quiere al propio tiempo llegar á ser verdadero cristiano, hablará de corrido, después de algún tiempo, su lengua, y se habrá convertido en célebre artista, pero estará todavía muy distante del fin que le propone el Cristianismo. Nadie puede conseguir una habilidad determinada sin muchos sudores; pero ningún oficio cuesta tanto como el aprendizaje de verdadero cristiano. Singulares personajes son los que piensan y dicen: «Ahora no tengo tiempo de ocuparme en esto. Cuando llegue el momento de la muerte, haré lo que convenga.» ¡Desgraciado! Preciso es que uno se ocupe menos asiduamente que de costumbre en su profesión, si no tiene tiempo, mientras esté á tiempo.

Que nadie crea, sin embargo, que la vida cristiana es un vestido que uno cambia rápidamente á medio dormir, cuando se levanta del lecho de la vida terrestre. Es una vida nueva más elevada, de múltiples aspectos, en la cual hay que orientarse lenta y penosamente. Es una vida en la cual no deben faltar ni las obligaciones humanas ni el dominio de sí mismo, ni la práctica de la justicia, ni el trabajo de la vocación, ni prueba alguna de caridad, de equidad y de buen comportamiento. Como cristianos, debemos desde luego reparar mil cosas que hasta entonces habíamos descuidado en nuestras obligaciones puramente humanas, reparar miles de faltas cometidas. Mas no consiste todo en esto, ya que á ello se añade una nueva serie de obligaciones más elevadas, las obligaciones cristianas propiamente dichas, que hay que comenzar por aprender. Unas y otras deben darse cita en nosotros para constituir una unidad interna. Porque el hombre y el cristiano, la naturaleza y la fe, no deben habitar juntos en nuestro corazón como dos familias separadas en una misma casa, sino que deben unirse para formar un todo viviente y homogéneo, absolutamente como la savia del arbolillo bravío se mezcla con la del tronco ingertado, me-

porándose de este modo. ⁽¹⁾ Un hombre nuevo, ⁽²⁾ una criatura nueva; ⁽³⁾ tal debe ser el resultado de este gran trabajo.

Pero ello no es obra de un instante, ni es un alarde de magia, en el que el hombre se complazca como espectador; sino que es,—no nos cansaremos de repetirlo,—para todo individuo, la amarga obligación de su vida entera; y, para los pueblos, el penoso y difícil trabajo de largos años, y quizás, de largos siglos.

Para comprender toda la importancia de esta verdad, queremos fijarnos en un aspecto de la historia de las religiones que con frecuencia ha originado los mayores desprecios, seguramente más por consecuencia de una apreciación defectuosa de los hechos, que por mala voluntad.

Cuando comparamos la religión cristiana con la del Islam, puede parecernos que una fe débil y un ojo que ve las cosas superficialmente están casi tentados de formarse ideas falsas sobre el Cristianismo. De un lado, un triunfo sobre el mundo, como sólo Alejandro pudo obtenerlo; del otro, ¡qué lentos progresos, qué luchas sin fin, mezquinas, qué retrocesos, qué desastres!

Mas precisamente en esto consiste la gloria de nuestra fe, y ello es nuevo motivo para alegrarnos de poseerla.

No hay necesidad de hacer largas consideraciones para comprender la legitimidad de este principio.

Leemos en la vida de Santa Juana Francisca de Chantal que tenía en cierta ocasión dos novicias, de las cuales la una era estimada de todas las religiosas á causa de su carácter tierno y dulce, en tanto que la otra tenía un temperamento vivo y ardiente, que era causa de mil arrebatos y caídas, no obstante sus heroicos esfuerzos para vencerse. Pero ocurrió que, por falta de sitio, fué imposible conservar á las dos. Preciso era despedir una ú otra, y toda la comunidad fué naturalmente de parecer que se quedase la

(1) Rom., XI, 24.

(2) Eph., II, 15; 4, 24.

(3) II Cor., V, 17.

que ella prefería. De aquí que fuese muy grande su asombro cuando la Santa dió la preferencia á la otra. Y lo hizo con tal decisión, y le predijo tal grado de perfección, que la pobre alma pacífica, que ignoraba las luchas, y que era incapaz de abandonarse á ellas, quedóse muerta de estupor. De hecho, el éxito justificó de la manera más brillante el juicio de aquella mujer fuerte, de profunda mirada, y verdaderamente guiada por el espíritu del Cristianismo, al mismo tiempo que confundió las opiniones superficiales de sus compañeras.

Así es como la historia de las misiones y de la civilización cristiana es una respuesta perentoria á las diferentes acusaciones que ordinariamente se dirigen contra nuestra religión. Si el Cristianismo hubiese aparecido en el mundo algunos siglos más tarde, cuando el poder romano y el espíritu griego se extinguían en una languidez tan desastrosa, hubiera podido hacer más rápidos progresos. Pero qué honor hubiera reportado de ello, y qué frutos hubiera podido obtener. Nuestra fe, verdad es, no rechaza á los pueblos caducos como indignos de ella, del mismo modo que no rechaza á los pecadores que han consumido su fuerza y su juventud al servicio del mal; pero ha obtenido sus mayores éxitos sobre los que han comenzado por oponerle la resistencia más tenaz, sobre aquellos cuya naturaleza ruda y salvaje ha domeñado y ennoblecido al precio de largos y penosos combates.

De aquí que imputar á la Iglesia las erupciones volcánicas del fuego africano que se producían en los ermitaños del desierto, ó las pasiones salvajes de Clodoveo y de sus sucesores, es una acusación cuya infamia recae sobre sus autores. ¡No es, por lo contrario, un honor para ella, á quien la Grecia no proporcionó uno solo de sus grandes hombres, el haber realizado tan grandes cosas con los espíritus que ha sacado de los pueblos más bárbaros y más indomables, no obstante haberlas obtenido al precio de tan largo y tenaz trabajo? ¡No está en el derecho de gloriarse especialmente por haber formado sus más grandes santos

con caracteres. cuyas luchas, caídas y penitencias continuaban inspirando á los espíritus más débiles de nuestra época un temblor misterioso, como si estuviesen en presencia de un poder sobrenatural?

De muy diferente modo tuvo lugar la expansión de la religión musulmana. La diferencia consiste en que el Fundador del Cristianismo prometió atraerlo todo así, en tanto que el Islam se precipitó sobre el mundo con las armas en la mano. Allí donde el primero ha creado algo nuevo, ha hecho desaparecer el segundo lo antiguo. Así se explica fácilmente la rapidez vertiginosa con que el segundo ha recorrido el mundo, rapidez que todavía hoy turba los espíritus, cuya mirada sólo ve la superficie, pero que precisamente nos descubre su debilidad. Todos sabemos por propia experiencia que uno se dirige con rapidez al ataque cuando se encuentra frente á otro que carece de valor para sostener el choque ó de fuerza para hacer frente á una censura ó á un acomodamiento. Quizás se ataca con más frecuencia por miedo que por valor.

Que el Islam se haya procurado aliados poderosos en las pasiones, y particularmente en el placer sensual, es incontestable, como lo es también que estos auxiliares no constituyan ciertamente la última causa de sus éxitos. Sin embargo, no les concederemos aquí una importancia exagerada, pero sí pondremos de relieve un punto determinado. ¿Qué eran las naciones sojuzgadas por él? Naciones fatigadas por las polémicas y pretensiones del Cristianismo; naciones á las que la duda y la voluptuosidad habían enervado; naciones cuya molición era tal, que eran capaces de ver, en el desierto que la cimitarra mahometana formaba en torno suyo, una libertad largo tiempo esperada contra la tutela en que la fe tenía á la inteligencia. En una palabra, sojuzgó con mano poderosa á pueblos gastados. Verdad es que no los aplastó con más rapidez que el Cristianismo sin armas había elevado hasta él los gérmenes todavía vivientes del mundo griego, romano y asiático en la agonía; pero allí donde encontró fuerzas frescas,

su poder recayó sobre sí mismo, como las olas que se estrellan contra las rocas. Se habla de la maravillosa civilización que, se dice, ha producido. Pues bien, el hecho es que esta civilización no ha florecido más que allí donde no ha logrado aniquilar al antiguo pueblo en que se había implantado, en Persia ⁽¹⁾ y en España; ⁽²⁾ y todavía su prosperidad no fué de larga duración en estas países. España —dice Gerhard Rohlfs ⁽³⁾— debe felicitar-se de haberse desembarazado á tiempo de semejante parásito; de lo contrario, hubiera tenido la misma suerte que Marruecos, Túnez y Persia, tan pronto como sus fuerzas se hubiesen agotado. Y ciertamente esto es lo que hubiera ocurrido.

El más grande historiador árabe, Ibn Chaldún, dice que sus compatriotas difundieron sobre todos los países que conquistaron, y aun sobre el suelo, la devastación y la ruina, porque el espíritu de destrucción que hay en su naturaleza es demasiado hostil á la tranquilidad de que tanto necesita la civilización. ⁽⁴⁾

En una palabra, el Islam no posee la fuerza necesaria para transformar y vivificar. Ha podido quebrantar obstáculos, pero no doblegarlos; ha destruído, pero no ha transformado; se ha lanzado sobre el mundo como la tempestad que todo lo barre, como el fuego que devora el rastrojo de los campos ó la hierba seca de las praderas; pero en sí no hay traza alguna de ese soplo primaveral divino que, sin causar perjuicio alguno, funde el hielo, desarrolla las yemas de las plantas, y despierta en todas partes la vida amodorrada. No sabe penetrar la naturaleza, las leyendas, las costumbres de los pueblos conquistados. Impóneles su lengua, sus leyes, sus visires, pero jamás se funde con ellos.

Lo que Abderrahmán I dijo de sí y de la palmera que

(1) Cf. Ampères, *La Science et les lettres en Orient*, 334 y sig.

(2) Wahrmond, *Gezetz des Nomadenthums*, 85.

(3) Wahrmond, *Ibid.*, 86.

(4) *Ibid.*, 11 y sig.

trasplantó á España, podría decirse del Islam allí donde ha penetrado como vencedor: «Como yo, ¡oh palmera!—decía—vives como extranjera en tierra extraña; lejos de las riberas de tu patria, serás siempre extranjera para el Occidente.»⁽¹⁾

Y bien podía, desde el principio, predecir esto para siempre, porque, en vista de sus caracteres distintivos, debía saber desde el primer día, si tendría ó no un porvenir en cualquier parte. Lo que el Islam no arruinó desde el primer momento, quedó por siempre jamás perdido para él. Preciso le era aventurarlo todo; ó perderlo todo, ó todo ganarlo de una sola vez. Transformar lentamente por vía natural con un poder sobrenatural y fundirlo con él, no era empresa suya, porque no estaba en su mano. Que se quebrantase en su arranque impetuoso, ó que sobreviviese, su causa estaba perdida para siempre; érale imposible una nueva florecencia, por la única razón de que carecía de terreno natural.

Esta consideración es de la más alta importancia para nosotros; nada puede tener menos fundamento que el temor de que pueda el cristiano perder el terreno de la realidad bajo sus pies. Fácil sería nuestra empresa, si nos permitiese nuestra religión prescindir de nuestras obligaciones generales y edificarnos un mundo nuevo sin inquietarnos del que existe. Pero el Cristianismo siembra en todas partes en el terreno de la verdadera naturaleza. De aquí que ocurra con la apropiación de sus principios lo que con todo proceso de crecimiento. Preciso es trabajo y tiempo para que una planta se arraigue y crezca. Y sobre este punto, nos ha enseñado por adelantado la palabra de nuestro Maestro que la unión de lo natural con la gracia, es decir, la apropiación del pensamiento y de la vida cristiana, sólo tiene lugar por la paciencia.⁽²⁾ Verdad es que esta exhortación á la paciencia es poco agradable para el hombre. Si el Evangelio fuese invención humana,

(1) Schack, *Poesie u. Kunst d. Arab. in Span. u. Sic.*, I, 47.

(2) Luc., VIII, 15; XXI, 19.

cierto es que no se encontraría en él esta palabra, y si los hombres pudiesen organizar el Cristianismo según sus miras, no es menos cierto que la cambiarían. Pero precisamente porque esta paciencia es muy extraña á toda especie de organización puramente humana, debe bastar para convencer á los más incrédulos de que, una institución de vida como el Cristianismo, no es una invención humana. En realidad, por su origen divino, participa de la eternidad y de la inmutabilidad de Dios. De aquí que tenga con Dios una cualidad común, que fácilmente escandaliza á los espíritus violentos y mezquinos;⁽¹⁾ no se apresura; puede esperar.⁽²⁾ Precisamente en lo que con tanta frecuencia se considera como ofensivo, es donde se encuentra el testimonio de su carácter sobrenatural, pero también el secreto de su inviolabilidad. Durante siglos, ha trabajado para triunfar en el mundo, y hoy todavía trabaja por modo no menos infatigable; puede esperar. Rechazado millares de veces, vuelve en secreto ó en público, y, sin que llegue á sospecharse, bajo formas siempre nuevas; puede esperar. Jamás renuncia á una empresa comenzada, jamás teme al trabajo, jamás abandona sus reivindicaciones, jamás desespera; puede esperar. Siempre encuentra nuevos medios para reanimarse, para despertar nuevo celo y aliento en los espíritus; puede esperar. Todas las cosas puramente humanas tienen su tiempo de prosperidad y de ocaso. La Iglesia, que, parecida á la luna, refleja sobre el mundo la luz del sol de justicia, Jesucristo,⁽³⁾ ha tenido sus períodos de esplendor y sus días de oscuridad. Millares de enemigos la acechan, pero ninguno le ha envenenado, excepto uno, una gran felicidad terrestre. Millones de corazones han luchado jovialmente al unísono con ella, han sentido con ella, se han sacrificado por ella, pero nadie puede alabarse de haberle inspirado una vida nueva.

(1) Cf. Is., XXVIII, 10, 13.

(2) Macc., VI, 14.

(3) Augustin., *Ep.* 55, 6, 10. *Ps.* 70, *en.* 2. *Ps.* 71, *en.* 11. *Ps.* 103, 3, 19. Bernard., *Domin. infra oct. Assumpt.*, 4. Anastas. Sin., *Anagog. contempl. in Hexæm.*, l. 5 (Bibl. Lugd., IX, 873 y sig.). Petrus Blesens., *Ep.*, 8.

Por lo contrario, cuando alguien ha podido hacer algo para su renovación, de ella lo ha recibido. Ella ha sido la que, en virtud de la fuerza que posee, se ha levantado más gloriosa, siempre que la relajación ó la persecución parecían haber obtenido sobre ella una victoria definitiva.

La historia de la Iglesia enseña un principio, del cual ningún poder puede en la tierra gloriarse, sino ella, y consiste en que ha tenido tantas épocas de rejuvenecimiento como de abatimiento. Proviene esto de que, cualquiera que sea el número de debilidades humanas que se encuentren en ella, anímala, no obstante, el espíritu sobrenatural de Dios, ese espíritu, cuya unión con el natural, integra la naturaleza del Cristianismo.

6. Los hechos de Dios entre los hombres.—Según esto, fácil es ver que la fuerza de Dios no permanece ni muerta ni ociosa en la cristiandad y en el cristiano, sino que obra silenciosamente y por modo decisivo.

Quizás haga pensar esto en los días anteriores en que el Cristianismo brillaba con todo su esplendor á los ojos del mundo, y en que todos decían al verlo: la mano de Dios está en él. Pero, desgraciadamente, aquellos tiempos han pasado ya. Hace ya mucho tiempo que la Iglesia se ha despojado de sus vestidos de esposa, y se cubre el rostro de vergüenza. ¿Dónde están ahora los testimonios de su antigua fuerza divina? ¿Dónde el espíritu de santidad que embriagaba á sus servidores y á sus hijos? ¿Acaso Dios no se ha separado de ella?

No, y mil veces no. Dios vive todavía en su seno, y su abatimiento, lo mismo que sus debilidades actuales, hablan tan alto en su favor como sus grandezas pasadas. Vemos en esto cuán débil es nuestra fe, cuán poca penetración tiene nuestra mirada. Poco nos cuesta observar cómo, en la Antigua Alianza, no sólo cada victoria y cada período de prosperidad del pueblo escogido dependían exactamente de su docilidad en seguir la ley y la dirección de Dios, sino también cómo cada derrota y cada retroceso

estaban íntimamente ligados con la infidelidad al Señor. ⁽¹⁾ Comprendemos aquí que este testimonio tiene el valor del otro, para probar que Dios conducía por modo sobrenatural al pueblo de Israel. Porque la gracia jamás es inactiva. Si se hace uso de ella, eleva á la humanidad. Si se abusa de ella, no obra como un remedio que, aunque no sirva de nada, no es dañino, sino que se venga siempre del que la desprecia.

Esto ocurría en los tiempos antiguos. ¿Puede ocurrir lo contrario en la nueva ley de la gracia? No; aun las épocas de aflixión, de abatimiento profundo para el nombre cristiano, testifican la fuerza sobrenatural que, con la fe, ha descendido sobre la humanidad.

Conocemos algunos períodos de la historia del Cristianismo en que los grandes espíritus lucharon en honor de él con esplendor incomparable; pero en vano; á una derrota seguía otra. Bastará recordar la iglesia de Francia en tiempos de Luís XIV y de su desgraciado sucesor. Encontramos en ella una falange, cuyos nombres serán siempre honra de nuestra fe: Bossuet, Bourdaloue, Fenelón, Mabilón, Montfaucón, Sirmond, Petavio, Malebranche, Tillemont, Goar, Le Quien y muchos otros sabios, predicadores y escritores, ornamentos tales para la Iglesia, que rara vez se han encontrado semejantes en tan corto período. Mas, ¿qué resultados obtuvieron? ¿Pudieron, con todo su talento y genio, detener la decadencia del Cristianismo en su patria?

Vemos, por otra parte, tiempos que, considerados desde el punto de vista externo, parecen tan miserables y tan abandonados de Dios como posible es serlo. Barbarie en todo, lucha contra el bien; el corto número de los que permanecen fieles, intimidados por el espectáculo que contemplan, y parecidos á rebaño sin pastor que marcha á la ventura, sin grandes hombres para reunirlos y conducirlos al combate. Apenas si aquí ó allá, una estrella aisla-

(1) II Paral., XXIV, 24; XXVIII, 19; XXIX, 8. Psal., LXXVII, 32 y sig., 59 y sig.; CV, 32 y sig., 40 y sig.